

¿Qué ha fallado? ¿Cómo podía ser que una comunidad básicamente cristiana ofreciera tan deplorable estado? ¿Cómo podía producir el evangelio semejante caos?

DIOS puede volver a HACERLO

El modelo de
transformación
social del Antiguo
Testamento

por Landa Cope

Estuve zapeando indolentemente por una infinidad de canales y programas de televisión para pasar el rato. Me detuve en un programa en el que un periodista británico afirmaba que los cristianos creen que cuando muchos de ellos viven en el seno de una comunidad, acaban influenciándola para bien. Cuanto mayor sea la presencia cristiana, tanto más se beneficiará la sociedad en general. Yo coincidí con el comentarista. Esto es lo que enseñamos.

El periodista propuso entonces considerar la ciudad más cristianizada de Estados Unidos para analizar cómo esa influencia se manifestaba de una manera práctica. Definió «comunidad cristianizada» como aquella con un alto porcentaje de creyentes que asisten a la iglesia regularmente. Dallas, Texas, por aquella época, arrojaba un porcentaje más alto de asistencia dominical a la iglesia que cualquier otra comunidad del país. El periodista había analizado la demografía social de Dallas y se propuso mostrar cómo esa «bendición cristiana» se manifestaba concretamente en la comunidad.

Presentó varias estadísticas y trabajos sobre delincuencia, seguridad ciudadana, actuación de la policía y sistema judicial y penal. Examinó la salud, la educación, el empleo, la vivienda y la economía general. Ojeó la tasa de personas sin techo y los programas destinados a los que no se pueden valer por sí mismos. Cada una de estas categorías fue evaluada teniendo en cuenta factores raciales y económicos.

El programa duró quizás una hora y lo presencié a solas. Me sentí anonadada. Nadie querría vivir en una ciudad que reúne tales condiciones. La delincuencia, los decrepitos sistemas sociales, la enfermedad, las desigualdades económicas, la injusticia racial, todos estos fac-

tores descalificaban a la ciudad por lo que respecta a una calidad de vida digna. ¡Y ésta era la ciudad más cristianizada de Estados Unidos! Sentí ganas de llorar.

El espacio no había concluido. El presentador mostró ese panorama descorazonador de una comunidad disfuncional a los líderes cristianos y les pidió su opinión. Escogió líderes de reputación y de integridad. Cada pastor recibió la misma información que obtuve yo acerca de la condición de la ciudad. El narrador preguntó sencillamente a cada ministro: «Como líder cristiano, ¿tiene algo que alegar acerca de la condición de su comunidad?» Sin excepción, aunque de distinta manera, todos respondieron lo mismo: «Esto no nos incumbe; nosotros somos líderes espirituales».

El programa se acabó, la sala se quedó vacía y mi mundo comenzó a tambalearse. Me quedé atónita... los datos eran contundentes. Yo no tenía argumentos contra el trabajo que aquel periodista había elaborado. Como cristianos, enseñamos que el evangelio es bueno para la sociedad, que sus valores beneficiarán a los que no son miembros de la familia de la fe. Pero los datos que aportan países con un alto porcentaje de cristianos profesantes no respaldan esta idea. Debemos examinar los datos.

¿Qué ha fallado?

¿Cómo podía ser que una comunidad básicamente cristiana ofreciera tan deplorable estado? ¿Cómo podía producir el evangelio semejante caos? Aún trataba de dar respuesta a estas preguntas cuando emprendí un viaje de cuatro meses por África. Visité fundamentalmente naciones cristianizadas: Togo, Ghana, Nigeria, Kenya, Uganda y Sudáfrica. Mi angustia se acrecentó.

Dios puede volver a hacerlo

Las estadísticas misioneras que yo había citado con gozo me ardían en el cerebro. ¡África al sur del Sahara, un ochenta por ciento cristiana a fines del siglo XX! ¡África, el continente más evangelizado del mundo, el que más asistía a la iglesia en las postrimerías del pasado siglo! En cada país, la historia se repetía: pobreza, enfermedad, violencia, corrupción, injusticia y caos predominaban por doquier.

Mi corazón se acongojó viajando por África tanto como pensando en mi propio país. Oré: «Señor, ¿qué ha fallado?» Casi dos mil años de esfuerzo misionero dedicados a este continente ¿cómo han podido acabar en esto? Dios me habló de manera sencilla, fundamental y permanente a través de una fresca revelación que cambió mi idea de las misiones y el llamamiento de mi vida. «La desolación que contemplas se debe a haber reducido el evangelio a la predicación de la salvación».

Le di vueltas al asunto y a sus implicaciones. ¿Por qué no había sido yo lo bastante honesta como para notar la discrepancia entre mi enseñanza y los resultados visibles? Si el Evangelio influencia a toda la sociedad, ¿cómo puede ser que Estados Unidos, seguramente con mayor porcentaje de cristianos que en cualquier otra época de su historia, se esté desviando de los valores bíblicos prácticamente en todas las esferas? ¿Cómo es que yo nunca había considerado estas cosas? ¿Por qué no nos habíamos juzgado a nosotros mismos... ni descubierto nuestras deficiencias?

Por más de un año, me había resultado evidente que los cristianos se estaban perdiendo una parte importante de la revelación de Dios. Mi generación había avanzado bastante en la evangelización de toda criatura con el mensaje de salvación, pero ¿qué significaba discipular a las naciones? ¿Cómo podíamos recuperar la sabiduría, el conocimiento y la influencia para transformar comunidades con el evangelio, tal como la iglesia ha hecho a lo largo de los siglos?

En mi búsqueda, traté con hombres y mujeres piadosos que parecían darse cuenta del mismo déficit de influencia de la iglesia que yo percibía. Pero hasta el hombre con más clara visión en mi campo de investigación no tenía respuestas que ofrecerme. ¿Qué esperanza me quedaba?

La revelación del maizal

Al cabo de un año viajé por las Grandes Llanu-

ras y anchos campos de cereales de los Estados Unidos y visité unas cuantas bases de misioneros por siete meses. Sentí que Dios me proponía para el viaje la sencilla tarea de escuchar toda la Biblia de Génesis a Apocalipsis. Yo iba manejando por algún lugar entre Boise, Idaho, y Omaha, Nebraska (que abarca una extensión de cinco días de trigales y maizales), cuando de repente, ¡zas!, caí en la cuenta. ¿De qué trata el pasaje que acabas de oír? ¡De la ley! Moisés estaba enseñando leyes. Estaba formando un gobierno. Un poco más adelante pensé, ¿de qué trata este capítulo? ¡De higiene! Luego un pasaje de economía; luego de familia y salud; después, de leyes, y así sucesivamente. La luz se coló en mi pequeño cerebro. La revelación penetró como un rayo láser. La tarea de Moisés consistía en discipular a toda una nación. En enseñar a un pueblo que había sido esclavo por más de 300 años a constituirse y gobernarse como nación. Moisés tenía que enseñar a Israel los principios divinos acerca del gobierno, la economía, la familia, el sacerdocio y todos los ámbitos de la sociedad humana. Dispuso de cuarenta años en el desierto para llevar todo eso a cabo y ¡tuvo que escribirlo todo!

¿En qué había estado yo pensando mientras leía los libros del Pentateuco unas veinte veces? Los había leído con los anteojos del «evangelio de la salvación». Se me había enseñado a indagar en las Escrituras ciertos temas: la salvación, el pecado, el perdón, la oración, la justicia y la guerra espiritual. Estos grandes temas están ahí porque son parte importante del mensaje del evangelio. Pero había leído los libros alegóricamente, aunque está claro que son datos históricos. Son registros históricos de sucesos que tuvieron lugar en el espacio y en el tiempo.

Lo que le sucedía a Moisés era real, no alegórico. Tenía delante de sí al pueblo judío, en un desierto real, con el gran desafío por delante de hacer de ellos una nación próspera.

La nación más necesitada que ha existido

¡Vaya tarea que tenía Moisés por delante! Solemos pensar que hay actualmente naciones necesitadas, pero fijémonos en lo que él tenía que resolver. Éste era un pueblo que había pasado de ser una tribu de setenta personas a más de tres millones en 430 años. Habían estado todo ese tiempo en el exilio. Durante los últimos trescientos años habían sido esclavos

Dios puede volver a hacerlo

sometidos a los faraones. Acababan de salir de Egipto con lo que podían transportar y los animales que poseían. Piense en esto:

- Eran pobres.
- No tenían escuelas.
- No tenían gobierno.
- No tenían economía.
- No tenían tierra.
- No tenían ejército.
- No tenían industria.
- No tenían agricultura.
- No tenían sistema religioso.
- Tenían una mentalidad de ayuda social, sin ética de trabajo.
- Habían sido oprimidos y esclavizados.
- Tenían un sistema social poco desarrollado.

Eran, sin duda, la masa de población más grande y más subdesarrollada que ha existido jamás sobre la faz de la tierra. Comparada con cualquier nación que hoy podamos imaginar, Israel estaba en una situación mucho peor. A este pueblo Dios le dijo: «Tú no eres pueblo, pero Yo haré de ti un pueblo» (véase Deut. 4:20; 14:2). Él prometió a esta tribu, en tal condición, que llegaría a ser una gran nación y que las demás naciones admirarían su grandeza y serían bendecidas a través de ella. ¿Puede imaginarse la incredulidad, la perplejidad e incluso el cinismo que ellos pudieron sentir?

Sin embargo, en tan sólo unos trescientos años, Dios lo hizo. Hizo de ellos una de las más grandes, si no la más grande nación sobre la tierra. Dios levantó una gran nación en todos los aspectos. Israel tuvo leyes justas. Fueron económicamente prósperos. Su arquitectura y su artesanía fueron excelentes. Tuvieron sabiduría y educación superior. Uno de sus reyes, Salomón, fue un gran científico. Fueron admirados incluso por sus antiguos amos, los egipcios. Bajo ningún concepto formaron un reino perfecto; Dios nunca les había prometido eso. Pero sí un gran reino.

Esperanza para todas las naciones

Dios nos ha mandado evangelizar a toda criatura con el mensaje de salvación y nos ha enseñado a hacerlo. Pero también nos encargó «discipular a toda nación». Nos dejó el modelo de Israel y como maestro, Moisés. Israel y su jornada de la esclavitud a la grandeza es el modelo del Antiguo Testamento para discipular una nación. Hay esperanza en las Escrituras

para todas las naciones de la tierra, porque si Dios pudo discipular a Israel, puede discipular a cualquier país. La verdad de Dios puede transformar comunidades y puede transformar cualquier nación en cualquier época.

Dios ha dicho: «Así es como lo hice». Vayan ustedes y apliquen estos principios en las generaciones futuras». Pero debemos permanecer en su Palabra. Ante todo, tenemos que conocer lo que dice la Palabra de Dios acerca del discipulado de las naciones. Si no es así, enseñaremos a las naciones otra cosa, pero no los principios eternos de la verdad. Debemos dejarnos consumir por amor a la Palabra de Dios. Ha de ser como una mina para nosotros, cavaremos profundamente para buscar el oro y las gemas. No podemos edificar sobre ningún otro fundamento aparte de la Palabra de Dios.

Que sea nuestra oración diaria: «Dios, ayúdame a entender tu Palabra y lo que dices sobre el discipulado de las naciones». Comencemos estudiando las Escrituras desde la perspectiva de lo que Dios enseña acerca de cada área de influencia en la sociedad. Por ejemplo, ¿qué enseña la Palabra acerca del gobierno, la economía y la salud? Podemos comenzar con los libros de Moisés, dado que su tarea consistía evidentemente en enseñar estas cosas a una nación, y después buscar en el resto de la Biblia cuál es el pleno consejo de la Palabra de Dios en cualquier esfera.

Y es que el cristianismo no se revela exclusivamente por los cambios de corazón de hombres y mujeres. El cristianismo se revela corporativamente, a través de la gente. Incluye todo lo que necesita la sociedad. Es como decir: «He aquí las leyes sobre las que se puede plantar. Si edifican sus naciones sobre estos principios, serán fuertes». De Abraham en adelante, el plan de Dios es que se enseñen estos principios a todas las naciones del mundo.

¿Está usted dispuesto a considerar en oración lo que significa en su vida y su trabajo diario ser maestro/instructor de naciones? ¿Será diligente, con la ayuda del Espíritu Santo, para estudiar y entender lo que él le revele? Si es así, él abrirá nuestra boca y nos dará autoridad. Nosotros aportamos la fidelidad; él proporciona la revelación, porque Dios está deseoso de discipular a las naciones del mundo.